La Contemplación para alcanzar amor

“Tomad, Señor, y recibid”

Hermanos, llegamos al final del camino de los Ejercicios.

Después de haber mirado nuestra vida a la luz del pecado y de la misericordia, después de haber contemplado a Cristo en su vida, en su pasión, en su resurrección, San Ignacio nos deja una última contemplación. No es un apéndice. No es una devoción agregada. Es, de algún modo, la síntesis de todo.

Se llama: **Contemplación para alcanzar amor.**

Y el nombre ya nos orienta. No dice “para pensar más”, ni “para recordar mejor”, ni siquiera “para emocionarnos más”, sino para alcanzar amor. Es decir, para crecer en el amor a Cristo nuestro Señor. Y podríamos decir también: para que todo lo vivido en los Ejercicios no quede solamente como un recuerdo interior, sino que se vuelva una vida nueva, una forma nueva de mirar, de agradecer, de servir y de responder.

Fiorito dice que esta contemplación recapitula toda la experiencia de los Ejercicios: ese encuentro personal con Cristo que nos ha mostrado su voluntad y nos ha llamado a seguirlo más de cerca. Por eso, al final, ya no se trata tanto de examinar, ni de discernir, ni de elegir, sino de responder. Responder al amor con amor.

1. El amor se pone más en las obras que en las palabras

San Ignacio empieza con una advertencia muy concreta: “El amor se ha de poner más en las obras que en las palabras.”

Qué palabra tan evangélica, tan sobria y tan verdadera. Porque a veces podemos hablar mucho del amor de Dios, o del amor que le tenemos, pero el amor verdadero termina mostrándose en lo que hacemos, en cómo vivimos, en cómo servimos, en cómo obedecemos, en cómo perdonamos, en cómo permanecemos.

Jesús mismo lo había dicho: **“No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre.”**

Y san Juan lo repite con una claridad conmovedora: **“No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y de verdad.”**

Entonces, al final de los Ejercicios, la pregunta no es solamente: “¿Qué sentí?”, “¿Qué entendí?”, “¿Qué me gustó más?”. La pregunta es más concreta y más seria:

- ¿Qué me pide el amor?
- ¿Qué obra espera hoy el Señor de mí?
- ¿Qué gesto, qué cambio, qué fidelidad, qué entrega?

Porque si en los Ejercicios el Señor me habló, ahora espera una respuesta. Y esa respuesta se mide más por las obras que por las palabras.

2. El amor consiste en comunicación

La segunda advertencia de San Ignacio es preciosa. Dice que el amor mutuo consiste en comunicación: el amante da al amado lo que tiene y lo que puede; y el amado responde del mismo modo. Ahí está el corazón de esta contemplación.

- Dios me ha dado.
- Dios me da.
- Dios sigue queriendo dárseme.
- Y yo, al darme cuenta, quiero responderle con lo que soy y con lo que tengo.

Es la lógica del amor. No de la obligación fría, sino de la gratitud. Uno comienza a preguntarse:

- ¿Qué me ha dado el Señor?
- ¿Qué bienes he recibido?
- ¿Qué me ha sostenido hasta hoy?
- ¿Qué luz, qué paciencia, qué llamados, qué perdones, qué oportunidades, qué personas, qué sacramentos?

Y desde ahí nace la otra pregunta:

- ¿Qué puedo darle yo?
- ¿Qué quiere de mí?
- ¿Qué puedo ofrecerle con verdad?

Aquí la contemplación empieza a volverse muy concreta. Porque no se trata de un amor abstracto. Se trata de reconocer lo recibido y de responder.

3. Primer punto: traer a la memoria los beneficios recibidos

San Ignacio dice: "**Traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares…"**

Aquí se nos invita a hacer memoria. Pero no una memoria fría. Es una memoria agradecida.

Primero, la creación:

- Yo existo.
- No me di la vida.
- No me inventé a mí mismo.
- He sido querido.

Después, la redención:

- Cristo me buscó.
- Cristo me perdonó.
- Cristo me cargó sobre sus hombros tantas veces.

Y luego, los dones particulares. Todo aquello que en mi historia ha sido gracia: personas, llamados, consuelos, pruebas atravesadas, luces recibidas, elecciones, reformas de vida, inspiraciones, perdones, comienzos nuevos.

Fiorito recuerda aquí palabras fortísimas de san Ignacio sobre los "sueldos" que Cristo nos da: lo natural, lo espiritual, la gloria prometida, el universo entero, los ángeles, y finalmente a sí mismo. Cristo se nos dio como hermano, como redentor en la cruz, como alimento en la Eucaristía.

Y entonces uno empieza a entender que la mayor pobreza no es no tener, sino no reconocer. Por eso para san Ignacio la ingratitud es uno de los peores males: porque es el desconocimiento del bien recibido, y así se vuelve raíz de tantos otros males.

El primer movimiento de esta contemplación es, entonces, agradecer.

No como fórmula piadosa, sino como verdad profunda: todo ha sido don.

Y desde ahí nace espontáneamente aquella gran oración: "Tomad, Señor, y recibid…"

4. Segundo punto: mirar cómo Dios habita en las criaturas

San Ignacio da un paso más. Ya no se trata sólo de recordar dones pasados, sino de descubrir una presencia actual.

Dice que Dios habita en las criaturas:

- en los elementos, dando el ser
- en las plantas, vegetando
- en los animales, sensando
- en los hombres, dando a entender
- y así también en mí, dándome ser, animando, sensando, haciéndome entender

Fiorito profundiza este punto mostrando que aquí no sólo podemos hablar de Dios en general, sino de Cristo que habita. El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros. Cristo habita por la fe en nuestros corazones. Cristo se deja encontrar en el hermano, en los acontecimientos, en la vida cotidiana.

Entonces la contemplación para alcanzar amor no nos saca del mundo, sino que nos enseña a verlo transfigurado. Dios no está solamente en el tiempo de oración. Dios habita también en la trama de la vida. Dios está en el conversar, en el andar, en el ver, en el oír, en el comprender, en el trabajo, en la enfermedad, en la misión, en la fatiga.

Y esto cambia la vida espiritual. Porque ya no se trata sólo de ir a buscar a Dios en algunos momentos apartados, sino de aprender a reconocer que Él ya está, que habita, que acompaña, que sostiene.

5. Tercer punto: mirar cómo Dios trabaja por mí en todas las cosas

San Ignacio avanza todavía más. No sólo dice que Dios habita, sino que trabaja.

Trabaja por mí.

Trabaja en todas las cosas creadas.

Trabaja sosteniendo, dando ser, haciendo crecer, llevando adelante

Fiorito insiste en que es difícil hablar de la presencia de Dios sin hablar de su acción. Dios no es una presencia inmóvil. Es un Dios vivo, activo, providente. Su presencia se manifiesta en que obra, conduce, suscita, corrige, llama, mueve.

Y aquí aparece algo muy propio de la espiritualidad ignaciana: buscar y hallar a Dios en todas las cosas, especialmente en los acontecimientos, en los movimientos interiores, en las consolaciones y desolaciones, en las mociones del buen y del mal espíritu.

Dios trabaja. Y el hombre espiritual aprende a discernir ese trabajo.

Aprende a preguntarse:

- ¿Qué me está diciendo Dios en esto?
- ¿Qué me mueve hacia más fe, más esperanza, más amor?
- ¿Qué me repliega, me inquieta, me oscurece?
- ¿Dónde está el buen espíritu?
- ¿Dónde el enemigo quiere enredarme?

Entonces esta contemplación se abre a la vida concreta. No es sólo una oración final bella. Es una manera de vivir desde ahora: buscando al Dios que trabaja en todo.

6. Cuarto punto: mirar cómo todos los bienes descienden de arriba

El cuarto punto eleva todavía más la mirada.

Después de recordar lo recibido, de descubrir que Dios habita y trabaja, San Ignacio invita a contemplar que todos los bienes y dones descienden de arriba.

- Todo bien viene de Dios.
- Toda verdad.
- Toda bondad.
- Toda justicia.
- Toda misericordia.
- Toda paciencia.
- Toda piedad.

En mí hay cosas buenas, sí. Pero no son fuente. Son participación. Son reflejo. Son rayo. La fuente está arriba. Como del sol descienden los rayos, como de la fuente salen las aguas, así descienden de Dios todos los bienes.

Aquí la contemplación nos vuelve humildes. Porque ya no nos apropiamos de los dones. Los reconocemos como participación. Como préstamo. Como gracia.

Y al mismo tiempo nos vuelve esperanzados. Porque si la fuente está en Dios, siempre hay más. Siempre se puede crecer. Siempre se puede pedir. Siempre se puede recibir.

Fiorito añade algo muy hondo: incluso de nuestros males, nuestras limitaciones, nuestras tentaciones, nuestras líneas torcidas, Dios puede escribir algo derecho. No se agradece el pecado como tal, ni el mal como mal, pero sí se puede alabar a Dios porque su providencia es tan grande que puede sacar bien aun de lo quebrado. Eso no banaliza el pecado. Magnifica la misericordia.

7. Del temor al amor

En los largos textos del beato Fabro que Fiorito cita, aparece una intuición muy preciosa: al comienzo de la vida espiritual uno busca mucho ser amado, sentirse recibido, percibir que Dios lo mira con benevolencia. Y eso está bien. Pero llega un momento en que el Señor nos lleva más lejos: ya no buscar solamente ser amados, sino amar.

Ya no preguntar tanto:

- “¿Cómo está Dios respecto de mí?”
- sino:
- “¿Cómo estoy yo respecto de Él?”
- “¿Qué le agrada?”
- “¿Qué lo consuela?”
- “¿Qué quiere de mí?”

Fabro lo dice con una imagen bellísima: hasta ahora el temor fue como el pie derecho y el amor como el izquierdo; ahora desea que el amor sea el pie principal y el temor quede como secundario. Esta contemplación quiere justamente eso: que salgamos de los Ejercicios no sólo consolados, sino más amantes.

8. Contemplativos en la acción

Fiorito termina abriendo esta contemplación a un ideal muy ignaciano: ser contemplativos en la acción.

No se trata de oponer contemplación y vida activa, oración y misión, silencio y servicio. Se trata de una gracia más alta: encontrar a Dios en todas las cosas, servirlo en todo, amarlo en todo, referirlo todo a Él.

- Ver a Cristo en el prójimo.
- Ver a Cristo en el trabajo.
- Ver a Cristo en el enfermo.
- Ver a Cristo en el deber.
- Ver a Cristo en el hermano.
- Ver a Cristo en la historia.

San Ignacio lo expresa en las Constituciones y en las Cartas: buscar a Dios en el conversar, andar, ver, gustar, oír, entender, en todo lo que hacemos.

Y esto no se logra sólo por técnica o industria humana. Es gracia. Pero también pide ejercicio: examen cotidiano, discernimiento, ofrecimiento frecuente, intención recta, memoria de la mirada del Señor.

9. La respuesta final

Y entonces, después de mirar, recordar, agradecer, reconocer, discernir, amar… la contemplación termina con una respuesta.

No una respuesta complicada.

No un tratado.

Una oración

La oración más ignaciana de todas:

Tomad, Señor, y recibid

toda mi libertad,

mi memoria,

mi entendimiento

y toda mi voluntad,

todo mi haber y mi poseer.

Vos me lo disteis;

a Vos, Señor, lo torno.

Todo es vuestro;

disponed a toda vuestra voluntad.

Dadme vuestro amor y gracia,

que ésta me basta.

Ahí terminan los Ejercicios. Y en realidad, ahí comienzan. Porque el verdadero fruto de los Ejercicios no es una emoción pasajera. Es un corazón que se entrega. Un corazón más libre. Más agradecido. Más disponible. Más amante.